

Domènec Guansé

Luis Durand o la amenidad recobrada



DICE Luis Durand, en algún lugar de *Gente de mi tiempo*, que sólo ha querido hacer con su libro una crónica viva y amena. Si nos limitáramos a confirmar que lo ha logrado, ¿equivaldría esto a un elogio? . . . Lo que menos pretenden hoy los escritores es ser amenos, es decir, deleitar, seducir plácidamente. Lo que pretenden es inquietar, angustiarnos, meternos el corazón en un puño. La literatura se convierte en venganza contra la humanidad, contra la vida. Se suceden en oleaje las páginas negras. Novelas, crónicas, poemas, equivalen a confesiones desgarradoras que, cuanto más vergonzosas, más éxito obtienen. Y críticos e incluso filósofos tratan de descubrir si la confesión es auténtica, y aullan de gozo al comprobar que han descubierto la intimidad del hombre y que esta intimidad es una sentina. Incluso los novelistas católicos siguen la corriente. No vacilan ante los rincones más oscuros y, en lo único que difieren de sus cofrades laicos, es en hacer brillar entre las abominaciones una lucecita divina.

Detenerse ante un remanso, ante una floresta, parece prohibido. La flor está en descrédito y no sirve ni para las metáforas, como no sea trizada o ya marchita. El olor a fisiología no basta. Hay que oler un poco a podrido. Pero he aquí a un autor que se detiene

ante el remanso, he aquí un autor que ha cogido unas flores, cierto, unas flores de antaño pues ya no hay primavera, y que se complace en su perfume. Un autor que cree todavía (yo en verdad no lo creo), y lo confiesa, que los hombres van en pos de la felicidad y la desean. Un autor que, en el umbral de los días maduros, aún espera de la vida algunas horas placenteras... ¿No es demasiado?... ¿No es suficiente para condenar su libro, para declararlo anacrónico, para decir que se trata de un autor sin mensaje, sin misterio, sin compromiso y que su amenidad nos importa un comino?...

No hay en su crónica nada escandaloso, nada digno tan sólo de "Noticias Gráficas". Durand parece encogerse de hombros ante los pecados graves o darlos por absueltos. Más que meterse en honduras, ha preferido retratar la gente de su tiempo a la manera de un fotógrafo ambulante, sin propósito de revelar deformidades ocultas, sin cambiar nunca el objetivo por la pantalla de los rayos X. Ha querido decirnos con una cierta simplicidad sacarrona, a lo huaso, lo que ha visto y ha oído. ¿Habría sido más veraz de haber analizado más profundamente?... ¿Hubiera sido más exacto el panorama del tiempo que presenta?... En definitiva, ¿sabe alguien lo que ocurre en el corazón de los hombres?...

Luis Durand ha querido, sobre todo, mantenerse fiel a sí mismo y —es una simple consecuencia— ser sincero. Me aflige siempre un poco y me hace desconfiar de un escritor joven o viejo, verle correr tras de las modas, seguir apresurado las corrientes nuevas. Pues nada nos envejece tanto y tan rápidamente como el temor de ser viejos. Es el más claro síntoma de debilidad que puede mostrar un escritor, un hombre. En cuanto a la sinceridad ¡qué cosa tan aleatoria! No basta desearla. Sólo se produce por milagro. Por definición, la literatura es mentira. Lo que ocurre es que hay que saber mentir. Más exacto: mentir con gracia. El estado de gracia lo es todo. La mentira se vuelve entonces representativa, se convierte en mito, en algo más profundamente verdadero que la verdad. Cuantas veces ante un cuento, ante una novela que nos han parecido falsos, hemos oído la consabida réplica: "¡El caso es cier-

to!" Será cierto, pero algún imponderable faltaría en el cuento, que impide que sea humanamente verdadero. En Luis Durand, por lo menos en *Gente de mi tiempo*, nunca faltan los imponderables. Sus evocaciones serán adobadas con más o menos fantasía, habrá amañado seguramente las anécdotas, aunque algunas nos las ofrezca en puro hueso. Pero rezuman siempre humanidad, una profunda simpatía humana.

Y, además, generosidad. Acaso se diga que su libro de generoso lo es en demasía. Y sin duda lo es en sus juicios literarios y artísticos. El autor vierte a manos llenas los elogios, los reparte como si henchido de tesoros no supiera en qué emplearlos. Y sería excesivo si se tratara de unas páginas críticas. No se trata de esto, sino de algo menos y de algo más. Se trata de preservar la memoria de los hombres contra el tiempo. Por esto procura que en su libro figuren todos sus amigos: todos. A veces pasan por el libro casi sin rostro, sólo con un nombre. ¡A cuántos habrá hecho felices con tan simple recuerdo! ¡Y cuántos rostros habrá contribuído a salvar del olvido, de esa neblina que se va haciendo espesa, contra la que luchamos y que ineluctablemente acabará por borrar nuestra imagen de la faz de la tierra! En este aspecto, *Gente de mi tiempo* presta un servicio inapreciable a la historia anecdótica y moral de Chile.

¡Y cuánta bondad en sus páginas! En esto también el libro parece un poco fuera de nuestro tiempo, de nuestros gustos. Se diría que casi toda la literatura actual se inspira en la conocida afirmación de Gide, tan malévola que el propio autor llegó a asustarse de ella, según la cual es con los buenos sentimientos que se escriben las obras malas. Pues bien, *Gente de mi tiempo* se inspira contrariamente en la amistad, en el agradecimiento, en el amor a Chile, al arte, a la literatura, y hay en todas sus páginas un temblor de jardinero ante una rara y delicada planta que ha contribuído a cultivar y teme se marchite. Y es esta calidad moral del libro, más que su mismo estilo, lo que lo hace bello y atractivo. Y no vamos ahora a descubrir su estilo. Luis Durand es un escritor casi siempre directo, que dice llanamente lo que quiere, sin refinamientos excesivos.

Su prosa, apoyada en la propiedad de los verbos, es vertebrada y tiene un no sé qué de sabroso y casi de castizo, aunque el autor a veces se canse de vigilar la frase y parece que se diga: "¡Ya está bien, no importa!" E incluso se vuelve un poco infantil con sus malicias o cuando con sus blanduras se pone quejumbroso.

Y claro, no deben tomarse demasiado al pie de la letra todos estos asertos. Tomados al pie de la letra, *Gente de mi tiempo* parecería un libro anodino. Y no, contiene su buena dosis de sal y de pimienta, sus pequeñas indiscreciones, y aquí y allá hace rasguños. Mariano Latorre, por ejemplo, en danza en casi todas las páginas, queda en algunas ocasiones bastante malparado, a pesar de que el autor, para consolarlo, proclame a grandes voces que lo admira. Otras figuras eminentes saldrán acaso un poco mohinas de la lectura. No es posible por bueno que uno sea contentar a todos. No es posible siempre reprimir los más ingenuos impulsos vengativos. Además, la bondad no excluye el mal genio ni sirve para temperar los nervios. Ni puede ni debe reprimir esta socarronería tan chilena de Durand que es una de las mejores galas de su estilo. Y así suelta a veces la sátira para denunciar con donaire los falsos abalorios de algún que otro prosista. Pues, sí, Luis Durand, nunca afectado, tiene buen gusto literario.

Gente de mi tiempo acoge un largo período de la vida literaria de Chile, del cual en estos doce últimos años hemos percibido los postreros reflejos. El autor revive con nostalgia la vida de las redacciones, de las librerías, de las tertulias, recuerda bromas y anécdotas de sus compañeros y la entrañable camaradería que los hermanaba. Para mayor plasticidad, el libro se acompaña de algunas de las mejores caricaturas de Romera; caricaturas en las que el sentido decorativo un poquito a lo Bagaría, se auna a la más certera intuición psicológica. Las de Edwards Bello, Latcham, Gabriel Amunátegui, Préndez Saldías y Eleazar Huerta son definitivas.

Todo va esfumándose. El escritor en Chile se encuentra ahora más solo, frente a una sociedad más hostil o menos acogedora. Pero lo admirable del libro es la serenidad con que el autor contem-

pla este crepúsculo y se enfrenta con el futuro. No desmaya, y tiene ello mayor mérito por ser el propio autor un hombre angustiado: un hombre que ha visto rondar la muerte en su torno, aunque haya sido una muerte imaginaria. Y acaso el íntimo motivo por el cual se ha escrito el libro, es el intento de superar la angustia y alcanzar la paz, la serenidad admirable que sus páginas reflejan.